

**LUJÁN
ARGÜELLES
CENICIENTA
LLEVABA
TACONES
DE 15 CM**



LUJÁN
ARGÜELLES
CENICIENTA
LLEVABA
TACONES
DE 15^{CM}

m̄r ediciones martínez roca

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Las ilustraciones de los zapatos son de **Pontstyle Woman Shoes** (www.pontstyle.com)

© 2014, Luján Argüelles

© 2014, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2014

ISBN: 978-84-270-4104-2

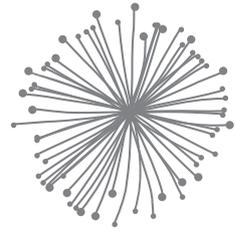
Depósito legal: M. 5.677-2014

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Índice



<i>Prólogo</i>	11
Capítulo 1. La madre abnegada y perfecta casada	19
Capítulo 2. La eterna enamorada	59
Capítulo 3. La ninfómana	101
Capítulo 4. La mujer yeti	143
Capítulo 5. La mujer famosa y triunfadora	185
Capítulo 6. La alegre divorciada	229
<i>Epílogo</i>	281

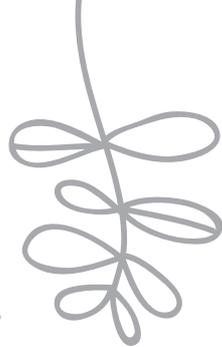
Cuando me llamaron desde Ediciones Martínez Roca para plantearme la idea de escribir un libro me vinieron dos cosas a la cabeza. La primera, que necesitaba una copa. La segunda, la gran duda: ¿sobre qué iba a escribir? Bueno, en realidad hubo una tercera sobre lo que me pondría para las fotos de la portada, pero esa la dejé para más adelante.

Prometí contactar con ellos en unos cuantos días con una idea en firme y algunas páginas ya esbozadas —valiente de mí, que no sabía lo que me esperaba— y seguí con mi jornada laboral, un maratón loco de guiones que hay que aprenderse en cinco minutos, cámaras y focos por todas partes, estilismo, maquillaje y peluquería en tiempos de récord. Y todo esto, claro, subida en unos tacones de vértigo.

Esa misma noche, ya en zapatillas, y un poco más tranquila —y con la copa que llevaba necesitando desde la mañana en la mano, un chardonnay buenísimo que guardaba para una ocasión especial—, empecé a pensar sobre qué podía ir mi debut literario. No podía ser una novela —porque creo que para eso hay que tener un talento especial del que por desgracia carezco—, pero tenía que ser divertido. Tampoco podía ser un ensayo, porque la misma palabra ya me daba un poco de ganas de bostezar.

Después de mucho elucubrar —sin llegar a sacar nada en claro, por desgracia—, recurrí al oráculo que siempre me guía, la luz que me ayuda a verlo todo claro, ese ser con superpoderes al que recurrir para que te salve cuando tu vida se va a la porra, ya sea

porque te ha dejado el amor de tu vida o tu peluquero: mis mejores amigas.



Busqué el canal de WhatsApp de **La secta de las despechadas**, en el que compartimos a diario secretos, confesiones (y fotos de Ryan Gosling y Michael Fassbender, para qué negarlo), y les conté, a grandes rasgos, lo que la editorial me había pedido.

Hubo felicitaciones y muestras de cariño, claro, pero todas querían saber más, tenían montones de preguntas: algunas de lo más normales, otras ligeramente indiscretas (como cuánto me iban a pagar), algunas —una de mis amigas preguntó directamente: «¿El editor está bueno?, ¿me lo tiraré?», para que os hagáis a la idea— directamente de otro puñetero mundo.

«Lo importante es que todavía no sé sobre qué voy a escribir», tecleé (sorprendentemente bien, sin que el corrector me cambiara ninguna palabra por otra que me hiciera parecer totalmente mema).

Y aquí es donde se destapó la caja de los truenos: todo el mundo tenía su opinión, se pisaban las unas a las otras, se hacían callar (sí, las mujeres podemos hacernos callar por WhatsApp, eso es así). «Escribe sobre sexo, nena, que eso vende un montón, y además así todos sabrán que eres una diosa en la cama y tendrás a quien quieras a tus pies», propuso una de ellas. «Menuda vulgaridad», la reprobó otra. «Lo que deberías escribir es una bonita historia de amor, dos corazones que se encuentran, ¡el mundo es un lugar más feliz cada vez que se publica una novela romántica!» «No tenéis ni idea, chicas», saltó una tercera. «Lo

que le gusta a la gente es conocer datos secretos de la vida de los famosos, ¡mira cómo triunfa **Sálvame!**»

Aquello se estaba saliendo completamente de madre, así que decidí convocarlas a todas a cenar en casa al día siguiente para hablar del tema (de ese y de muchos más, que con mis amigas no hay nunca silencios, ni incómodos ni de los otros), y por supuesto aceptaron. Alguna se ofreció para traer algo de picar, otra traería vino, la de más allá, «una botellita de ginebra para la sobremesa», y yo prepararía mi plato estrella: el maravilloso estofado de mi madre, que le salía glorioso y del que siempre tenía bien surtido el congelador.

Después de muchos «adiós, guapas», «hasta mañana, caris» y demás despedidas, me puse otra copa, cogí una revista y desconecté del tema.

El día siguiente volvió a ser, cómo no, un **sindiós** de trabajo, pero había una gran luz al final del túnel: la noche con mis mejores amigas.

Llegué a casa con la lengua fuera, justo a tiempo para comprar un par de barras de pan y descongelar el estofado, que ya olía a verdadero amor de madre cuando sonó el timbre. Llegaron dos de mis amigas discutiendo acaloradamente sobre el **look** que llevaba Lena Dunham en la entrega de los Globos de Oro: una, que estaba guapa, y la otra, que iba hecha un zarrío. Se lo tomaban tan en serio que parecía que iba a haber tortas, pero entonces llegó la tercera, mi amiga más terremoto, que se puso a hablarnos de su último lígüe y de cómo había terminado la noche con las piernas temblando de... ¿pasión? Y allí que vuelve a sonar el timbre, y es nuestra amiga famosa, que viene con el ma-

quillaje naranja puesto, directa de una grabación y pidiendo a gritos una toallita desmaquilladora «y un vinito, ¿no?». La última en llegar fue, como siempre, la abnegada madre de familia, que había tenido problemas por «un retraso de la canguro» (todas creíamos que, a juzgar por la pinta de fresca de la canguro en cuestión, esta pronto sufriría otro tipo de retrasos).

Y cenamos (unas más que otras, que hay algunas que parece que viven del aire y de lechuga), cotilleamos y nos reímos hasta una hora de esas en las que a la mañana siguiente ya se te nota en la cara que se te ha ido la mano.

Como siempre, una miró el teléfono y dijo: «¡Pero mira qué hora es!», y en menos de cinco segundos desaparecieron todas, como si fueran el puñetero demonio de Tasmania: bueno, una versión con tacones y bolso.

Cuando la puerta se cerró después del último par de besos estampados en mis mejillas me di cuenta de que no habíamos hablado nada sobre **EL TEMA** de la noche: mi libro. Con tantas cosas que contarnos se nos había olvidado lo que nos había llevado hasta allí.

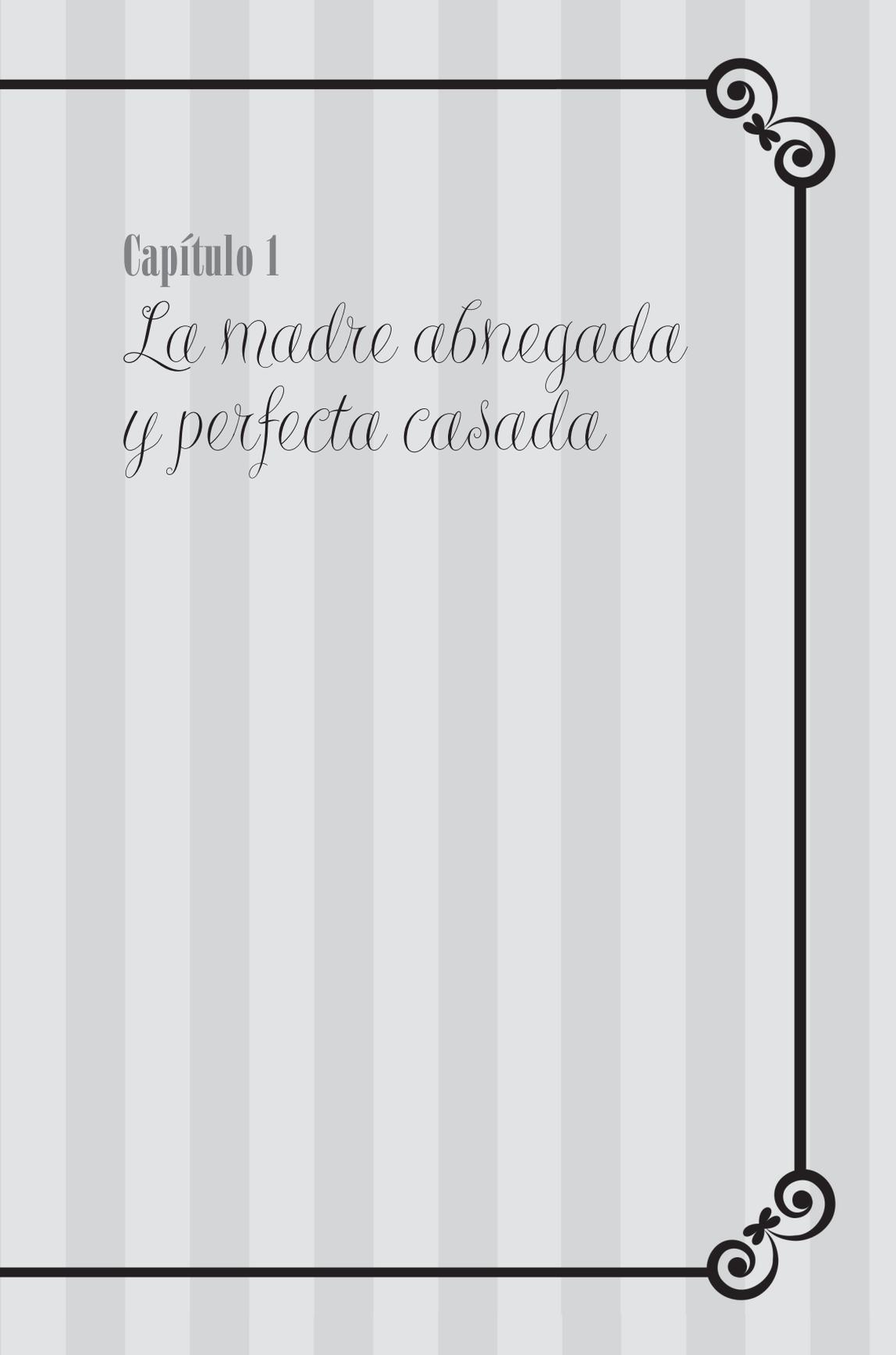
Y de repente me di cuenta de que el tema había estado allí todo el rato, pero los árboles no me habían dejado ver el bosque (¡y eso que era un bosque del tamaño de Murcia!). Hablaría, por supuesto, de mis amigas. De mi grupo de amigas, que seguramente no será muy diferente del de cualquier mujer que lea este libro: nos queremos, nos apoyamos, nos contamos secretos, alegrías y penas y, de vez en cuando (para qué negarlo), también nos tiramos los trastos a la cabeza.



Y sin pensarlo ni un momento, y dando por hecho que al día siguiente iba a tener cara de sueño de todas maneras, encendí el ordenador y arranqué esta historia, nuestra historia, ¿vuestra historia?

Pero antes de que empecéis a leer os propongo un juego: que intentéis adivinar cuál de las protagonistas de esta historia soy yo. Os deseo suerte y, sobre todo, espero que lo disfrutéis.





Capítulo 1

*La madre abnegada
y perfecta casada*

Nombre: Romina.

Edad: 38 años (muy bien llevados).

Estado civil: Casada. Perdón: casadísima.

Trabajo: Señora de...

Historial amoroso: Cortos, uno y no más, pero se lo ha tenido que currar más que si hubieran sido George Clooney y Take That al completo.

Expectativas en la vida: Seguir siendo «señora de...» y echarse unas risas por el camino. Vivir bien, en resumen.

Película favorita: Armas de mujer.

Zapato preferido: Un zapato de salón clásico (como la vida que quiere representar), pero con un material sofisticado y diferente (como los looks que le gusta llevar): una piel de serpiente (arriesgada y moderna en su indumentaria).

Observaciones: Sus hijas son lo más importante del mundo, después su marido y después otra vez sus hijas y su marido. Más que vestirse, se atreza. Es tan lista que, si quiere, te hace creer que es tonta.

No sé muy bien qué criterios seguir para presentaros a ese elenco de adorables y entrañables personajes a las que yo llamo **mi secta de mejores amigas o similar**. Así que voy a seguir uno que nunca me suele fallar: hacer lo que me dé la santísima gana. Voy a empezar por la encantadora Romina, entre otras cosas, porque es la única que se mantiene casada. Algo especialmente extraño en nuestras vidas. Es, además, madre. Y aunque hay otro miembro de la secta que lo es, nadie es **TAN MADRE** —según ella— como Romina. Por eso se empeña en ejercer de progenitora del clan, y la dejamos, porque no nos apetece discutir con ella. Cuando entra en el papel de **defensora de su causa** es peor que Chucky, aunque vaya de pacífica y espiritual.

De hecho, la llamamos Romindela porque es taaaaaan buena persona y taaaaaan feliz que creemos que puede ser la reencarnación de Nelson Mandela (esto puede sonar un poco raro porque cuando Romina nació Mandela estaba vivo, pero nosotras somos así, de creer lo que nos viene bien para lo nuestro).

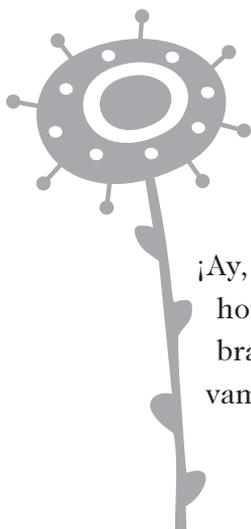
Todo a su alrededor es **happy-happy**, y da constantes lecciones de vida basadas en su experiencia de mujer casada, madre y, por definición —como le gusta decir a ella mientras te clava una mirada al fondo del cerebro que ni los pitones de un miura— **FELIZ**.

Es, supuestamente y siempre según ella, la más equilibrada de todas. Su estructura familiar, su marido y sus dos hijas le dan esa seguridad. Pero, por lo creído que se lo tiene y lo que se esfuerza

en remarcarlo, parece que no termina de creérselo del todo. Es más, estamos seguras de que no se cree nada del papel que interpreta en su serie, que podría titularse **Mi vida es pura perfección.**

Nada de lo que nosotras podamos tener está por encima, ni siquiera cerca de estar por debajo —ay, que me estoy liando— de la inmensa dicha universal y global que ella posee. Sus retoños y su matrimonio le proporcionan todo lo que siempre soñó. ¡Uy! Esto me acaba de recordar una canción de Bustamante, ¿os suena?

Ella tiene todo
lo que siempre soñé,
es la chica que busqué,
es la chispa de mi piel,
mi primer amor,
mi primera vez.
Ella es el regalo
que tanto esperé,
cuando no pensaba ya
en volverme a enamorar...
ella es como el sol
de otro amanecer.
Por el amor de esa mujer,
somos dos hombres
con un mismo... destino.



¡Ay, que no! Que en la historia de Romina no hay dos hombres (matizo, no vaya a ser que se enfade por sembrar la discordia en su matrimonio impecable). A lo que vamos, que se lía parda.